11335

RICARDO DE MEDINA

UNA Y NO MÁS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenada con aplauso en Madrid en el teatro de Variedades.

28

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

UNA Y NO MÁS.

Es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de la propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Establecimiento tipográfico de J. C. Conde y Compañía, Caños, 1.

UNA Y NO MÁS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADA DEL FRANCÉS POR

RICARDO DE MEDINA Y SOLOGUREN

Estrenada con aplauso en Madrid en el teatro de Variedades.

MADRID
CASA EDITORIAL DE MEDINA
AMNISTÍA, NÚM. 12

REPARTO.

LUISA.....	D.ª Josefa Samper.
CONSUELO.....	Mercedes Buzon.
JUANA.....	Aurora Rodriguez.
MIGUEL.....	D. José Vallés.
ANTONIO	Antonio Riquelme.

La accion del dia, en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado, con tres puertas; una al fondo y dos laterales. La de la derecha en primer término, y en segundo la de la izquierda. A este lado, en primero, una chimenea; y en aquel, en segundo, un piano. Junto á la chimenea, una butaca y un velador ó costurero.

ESCENA I.

LUISA y CONSUELO, sentadas.

LUISA. En este momento, precisamente, iba á enviar un criado á tu casa para saber de tí.

CONSUELO. Pues, hija, aquí me tienes sana y salva.

LUISA. Lo celebro infinito. Pero entonces, por qué abandonáste anoche el baile tan temprano?

CONSUELO. Por qué? Por no oir impertinencias, por evitar un conflicto...

LUISA. Un conflicto!

CONSUELO. Sí, querida. Has de saber que el fátuo de Enrique Olmedo... ya le conoces, el ayudante del general...

671168

LUISA. Sí, sí, ya sé quién es.

CONSUELO. Pues bien, ha dado en hacerme la córte, y anoche, durante un minué que tuve la debilidad de concederle, llevó su atrevimiento hasta el extremo de hacerme una declaracion en toda regla.

LUISA. Hola! Y tú la escuchaste?

CONSUELO. Mujer, qué habia de hacer? No era cosa de taparme los oidos... Te aseguro, sin embargo, que pasé un rato infernal.

LUISA. Lo creo.

CONSUELO. Como debes comprender, yo no podia ménos de castigar su osadía, y así lo hice, encerrándome en el más profundo silencio. Pero, nada... él, con la mayor frescura, prosiguió encareciéndome la calidad y dimensiones de su amor.

LUISA. Habrá muñeco!...

CONSUELO. Insoportable, hija, insoportable. Mas no es esto todo...

LUISA, Hay más?

CONSUELO. Sí. Léjos de intimidarse por mi desdeñosa actitud y declararse en retirada, tuvo valor de amenazarme..,

LUISA. Cómo es eso?...

CONSUELO. Con sus cartas.

LUISA. Ya! Escribirte. Se lo prohibirías, por supuesto.

CONSUELO. Claro está; mas por lo visto ha sido en vano.

LUISA. No ha cumplido su palabra?

CONSUELO. Al contrario, hija mia; la ha cumplido perfectamente; porque dijo que, á pesar de mi prohibicion, me escribiria, y que sus cartas me seguirian por do quier...

LUISA. Qué insolente!

CONSUELO. «En todas partes,—añadió,—las encontrará Vd.; sobre el piano, bajo la almohada, entre las hojas de un libro, en cualquier lado...» Y con efecto, hace una hora, al ponerme este vestido, he tropezado con esto .. (Saca una carta del bolsillo.)

LUISA. La primera!

CONSUELO. Eso es lo que siento.

LUISA. Y tú, qué piensas hacer?

CONSUELO. Yo? Francamente, no lo sé. Por de pronto, no me atrevo á abrir un libro, ni á tocar un mueble, ni á cojer un traje...

LUISA. Pobre Consuelo! (Riéndose.)

CONSUELO. No; no lo tomes á broma... por-

que al fin una de estas cartas puede caer en las manos de mi marido...

LUISA. Bien, y qué?...

CONSUELO. Cómo, y qué?... Pues me gusta! Que es muy celoso. (Se guarda el billete.)

LUISA. Celoso?

CONSUELO. Sí, querida. No lo es tambien el tuyo?

LUISA. No tiene motivo.

CONSUELO. Lo que es motivo, tampoco Antonio le tiene.

LUISA. Entonces, por qué lo es?

CONSUELO. Toma! Por que me ama.

LUISA. Ah! Porque te ama...

CONSUELO. Pero no es su cólera lo que yo temo, sino el dolor que experimentaria al creerse despojado del cariño de su esposa... Es tan sensible! Hace dos meses que, por no se qué cosa, tuvimos un pequeño altercado. La razon, lo confieso, estaba toda de su parte; pero yo no cedí, y al acercarse él á poner fin á la cuestion con un abrazo, le rechacé. A pesar de mi desaire, el pobrecillo se retiró á su cuarto sin decir una palabra... Pues bien, un instante despues, le seguí á su habitacion...

Luisa. Y qué?

Consuelo. Y le sorprendí... Mas no le digas nunca que te lo he contado... le sorprendí llorando á lágrima viva.

Luisa. Llorando! Es posible?

Consuelo. Como un niño.

Luisa. Un militar! Un capitan de lanceros! ¡Oh! bien puedes decir que te ama.

Consuelo. Sí, eso sí; estoy segura de ello.

Luisa. Las palabras nada prueban, pero las lágrimas...

Consuelo. Felizmente, una sonrisa mia basta para enjugar las de mi Antonio. Pero si él me creyese culpable... Si sospechara tan sólo que ese títere...

Luisa. Ay! Tú eres feliz, Consuelo, muy feliz.

Consuelo. Pues, y tú?

Luisa. Yo nunca he inspirado á Miguel esas alarmas... Jamás le he visto llorar, ni estar celoso...

Consuelo. Hija, eso es cuestion de temperamento... Además, tu marido es abogado, y sabido es que los abogados y los médicos tienen que dominar tantas veces sus sentimientos, que al fin...

Luisa. Sea por lo que sea, el caso es que mi

marido no es capaz de experimentar esos íntimos temores que tan poco trabajo nos cuesta desvanecer, pero que prueban, sin embargo, hasta qué punto se nos ama. Y yo, en esto, sé ya bien á qué atenerme. Miguel no tiene celos... luego no me ama.

CONSUELO. Estás loca?

LUISA. Nada, te digo que no me ama.

MIGUEL. (Dentro.) Juana...!

LUISA. Ah! El es.

ESCENA II.

Dichas y MIGUEL.

MIGUEL. (En la puerta.) Juana, un vaso de agua con azúcar... (Bajando al proscenio.) Absuelto, querida Luisa, absuelto... ¡Ah! Vd. dispense, Consuelo, no la habia visto.,.. Vd. siempre tan famosa! Y el capitan? Bueno, eh? Me alegro mucho. (A Luisa.) Tú figúrate... Un bribon que ha envenenado á su mujer! Porque él ha sido, estoy seguro... (Se sienta.) Pues bien, hija mia, le han absuelto. ¡Oh! He hecho llorar al presidente, á los magistrados, á los ugieres, á los guardias, á todo el mundo!

LUISA. Y tú?

MIGUEL. Yo!

LUISA. Estarias conmovido...

MIGUEL. Qué disparate! Sereno y muy sereno. (Entra Juana y deja un vaso de agua sobre la chimenea.) Pues bonito papel hubiera yo hecho! No hubiera sabido qué decir, y mi asesino hubiera sido condenado..... Es verdad que lo merecia, pero en fin... (A Consuelo.) Con el permiso de Vd. voy á tomar el undécimo vaso de agua. Tengo la garganta tan seca!...

LUISA. (Bajo á Consuelo.) Ya lo oyes... Se le ha secado la garganta! Hé ahí todo lo que le ha pasado! No tiene corazon.

CONSUELO. Bah! No seas tonta! Aunque algo frio, te quiere; no lo dudes... Y pues ya tienes compañía, me marcho... No haga el diablo que durante mi ausencia encuentre Antonio... (Se levantan. Al sacar los guantes del bolsillo deja caer la carta, sin notarlo.) Señor abogado...

MIGUEL. Se marcha Vd. ya? Le contraría acaso mi presencia?

CONSUELO. Oh! nada de eso. Es que tengo que hacer algunas compras. (Bajo á Luisa.) Procura hallar un medio para librarme

de Enrique... (Saludando á Miguel.) Amigo mio... (A Luisa.) Adios querida..,

LUISA. Hasta luego.

MIGUEL. Mis afectos al capitan. (Váse Consuelo por el foro.)

ESCENA III.

LUISA y MIGUEL.

MIGUEL. (Bajando á sentarse donde estuvo Consuelo y viendo en el suelo la carta.) Qué papel es este?

LUISA. Cuál?

MIGUEL. Una carta, sin señas...

LUISA. No sé... A ver?...

MIGUEL. Tal vez se le haya caido á Consuelo...

LUISA. (Dios mio! La carta de Olmedo!)

MIGUEL. Anda, anda, y qué billetes tan perfumados gasta tu amiguita!

LUISA. (Oh! qué idea! Si yo me atreviera... Por qué no? Así probaré...) Y quién te ha dicho que es de ella ese billete?

MIGUEL. A ménos que sea tuyo...

LUISA. Justamente.

MIGUEL. Entonces no he dicho nada. Ahí le tienes. (Se lo dá.)

LUISA. Calle! y me lo devuelves así... sin más ni más...

MIGUEL. Oh! yo respeto los secretos de mi esposa.

LUISA. Gracias. Puedes dejarlo donde quieras... (Apostaria cualquier cosa á que no se le ocurre abrirlo. (Se sienta, demostrando contrariedad.)

MIGUEL. (Dejando la carta sobre el velador.) (Bien se puede ser galante cuando nada se tiene que temer.) (Se acerca á Luisa.) Sabes que Consuelo está más guapa cada dia?

LUISA. No es extraño. Es tan feliz!

MIGUEL. Sí, lo será...

LUISA. Pero mucho. Digo! Si te parece poco, tener un marido...

MIGUEL. En estos tiempos es bastante tener.

LUISA. Un marido que la adora...

MIGUEL. Ah! Eso es más todavía.

LUISA. Y que la mima.

MIGUEL. El capitan?

LUISA. Sí, el capitan que es todo un hombre...

MIGUEL. Eso...

LUISA. Muy bueno

MIGUEL. No lo dudo.

LUISA. Y muy sensible.

MIGUEL. Como todos los lanceros.

LUISA. Un lancero, amigo mio, vale tanto... ó más que un abogado.

MIGUEL. Para dar una carga al enemigo, no lo niego; mas lo que es en una Sala... es decir, en la Sala de una Audiencia... Bah! Confiesa que has elegido mala ocasion para hablar con desden de los abogados, despues del triunfo que acabo de obtener. Pero díme, no te alegras de que tu marido haya salvado la vida á un semejante?

LUISA. Oh! sí, mucho. Tal vez el desgraciado tiene madre...

MIGUEL. No.

LUISA. Hijos?...

MIGUEL. Tampoco. Es una lástima! Hubiera yo podido hacer un discurso tan bonito... Mas, qué tienes? No sé qué advierto hoy en tu semblante,.. Cualquiera pensaria...

LUISA. Que estoy de mal humor.

MIGUEL. Hola! Y por qué?

LUISA. Por nada, pero lo estoy.

MIGUEL. Vamos; entonces será preciso distraerte un poco. (La hace sentar y se dirije al piano.)

LUISA. No: no tengo ganas de música.

MIGUEL. Bueno. Te leeré un capítulo de esta novela nueva. (Cogiendo un libro del velador.)

LUISA. No, tampoco.

MIGUEL. Tampaco? Pues, qué quieres?

LUISA. Que me dejes en paz. (Levantándose y dirigiéndose al otro extremo.)

MIGUEL. (Eh? No comprendo este cambio... Es muy extraño... Si será...? ¡Oh! no me atrevo á creer en tanta dicha...) Por lo visto estás hoy atacada de los nérvios...

LUISA. Bien, y qué...?

MIGUEL. Nada, mujer.

LUISA. Es claro, á tí nada te importa que yo sufra.

MIGUEL. (Con interés.) Acaso sufres?

LUISA. Es más, ni sentirías que me muriera... (Se pasa al otro lado.)

MIGUEL. (Siguiéndola.) Pero chica...

LUISA. Lo dicho,

MIGUEL. De qué infieres que yo...?

LUISA. Bah! Tú no tienes corazon.

MIGUEL. Cómo que no?

LUISA. No, no le tienes. ¡Ay! Dios mio...! (Rompiendo á llorar.) Qué desgraciada soy! (Se dirige á la habitacion de la derecha.)

MIGUEL. (Siguiéndola.) Pero Luisa... Luisita...
(Entra Luisa en la habitacion y cierra la puerta, dejando fuera á Miguel.)

ESCENA IV.

MIGUEL.

Que no tengo corazon! Pero de dónde saca ella... ni á qué viene todo esto? Es muy extraño... Esa cuestion inmotivada... ese llanto repentino... Será efectivamente?... ¡Oh! si así fuera, qué alegría, qué placer!...

ESCENA V.

MIGUEL y ANTONIO.

ANTONIO. Buenos dias.

MIGUEL. Antonio! Amigo mio, soy el hombre más feliz del universo.

ANTONIO. Sea enhorabuena. Y por qué?

MIGUEL. Porque muy pronto tendrás que cumplirme tu palabra... Ya recordarás que me ofrecíste ser padrino...

ANTONIO. ¡Ah!

MIGUEL. Mi mujer, mi incomparable mujercita se halla inquieta, agitada, nerviosa, tiene rarezas llora, sin motivo... En fin, chico, estoy ébrio de gozo.

ANTONIO. Lo celebro.

MIGUEL. Hombre, lo dices con un tono...

ANTONIO. Es que tengo hoy un humor de mil demonios.

MIGUEL. Sí? Pues mira, hazme el favor de no presentarte á Luisa en ese estado.... Tú ya sabes la influencia que ejercen las primeras impresiones... No quiero que ella vea mas que rostros alegres. Por mi parte, desde ahora voy á estar siempre riendo. (Se sientan.)

ANTONIO. (Preocupado.) Te he hablado alguna vez de Enrique Olmedo?

MIGUEL. Olmedo? Ah! Sí, ese tonto que supones que hace el amor á tu mujer.

ANTONIO. El mismo... Mas no te rias, que la cosa es grave.

MIGUEL Oh! gravísima. (Riendo más.)

ANTONIO. (Se levanta.) Vamos, veo que hoy no es posible hablar contigo...

MIGUEL. Pero hombre...

ANTONIO. Nada, nada, te dejo.

MIGUEL. No seas tonto. No te he dicho que me he propuesto tomarlo todo á risa?

ANTONIO. Es que yo...

MIGUEL. Bien, ya te escucho. Haré una escepcion en tu favor. (Vuelven á sentarse.) Decias?...

ANTONIO. No decia nada, pero es lo mismo, iba á decir.

MIGUEL. Sepamos qué.

ANTONIO. Que anoche, en casa de Bermudez, ese Olmedo sacó á bailar á mi mujer, y estuvo hablando con ella.

MIGUEL Hombre, si no hizo más que hablar...

ANTONIO. Te diré... Yo he sido jóven como él, y, como él, enamorado y amigo de aventuras... Por lo tanto sé muy bien lo que pasa... Vamos á ver; tú estabas cerca de ellos durante el baile. De qué hablaban?

MIGUEL. Chico, yo... Cómo quieres que sepa?... Yo sólo me ocupaba de mi esposa que bailaba al otro extremo del salon... Por cierto que estaba encantadora... Un poco pálida, pero eso... ya comprendes...

ANTONIO. Es decir que no quieres ser franco?

MIGUEL. Te aseguro que nada oí.

ANTONIO. Nada? Pues bien, yo lo sabré por otro lado. El escribirá, y entonces...

MIGUEL. Cómo! Supones que se atreverá?...

ANTONIO. Más tarde ó más temprano todos escriben.

MIGUEL. Y qué harias tú si llegara el caso?...

ANTONIO. De cojer una carta? Pues me gusta! Ir en busca del autor y enseñársela...

MIGUEL. Como si él no la supiera de memoria.

ANTONIO. Nombraria acto contínuo sus padrinos... Los mios estarian avisados, y sin ruido ni escándalo nos iriamos á las ventas de Alcorcon ó á la Florida... y allí, una vez allí... Lo demás creo que es bien simple.

MIGUEL. Justo, y tan simple!

ANTONIO. Todo ello es cuestion de media hora, á lo sumo.

MIGUEL. ¿Te propones, acaso, interceptar las cartas que dirijan á tu esposa?

ANTONIO. Todas, no; pero las de ese caballero...

MIGUEL. Cómo las vas á conocer?

ANTONIO. Bah! En viendo el sobre en blanco...

MIGUEL. En blanco?

ANTONIO. Sí. No tendrán señas, no hay cuidado... nunca se ponen.

MIGUEL. Nunca? (Con cierta inquietud.)

ANTONIO. Jamás. Cuando te digo que yo sé

lo que pasa! (Miguel se acerca al velador y busca la carta que antes puso en él.) Los billetes de esa clase, cuyo envío se confía únicamente á un experto lacayo, ó á una doncella de confianza, viajan siempre de incógnito. Mas, qué tienes?

MIGUEL. Yo! nada. (Encuentra la carta.) Ah!

ANTONIO. Qué es eso? (Levantándose.) Una carta!...

MIGUEL. Sí, una carta que me he encontrado aquí... (Aparentando tranquilidad.)

ANTONIO. Sin señas?

MIGUEL. No... es decir, no lo sé... (Dando vueltas á la carta entre las manos.) no lo he visto todavía...

ANTONIO. Pues hombre, míralo.... Vaya una calma!

MIGUEL. (Dios mio! qué será?) (Dominando su inquietud y fingiendo que examina la carta.) En efecto, no las tiene.

ANTONIO. De veras?

MIGUEL. Mira...

ANTONIO. Ay! Miguel de mi alma...

MIGUEL. Qué?

ANTONIO. Nada. Te aconsejo que no te precipites... Ten un poco de valor... Abrela, leéla, y despues...

MIGUEL. Dices bien. (Abriendo la carta precipitadamente.) A ver la firma?... E. O.! Vaya Vd. á adivinar quién podrá ser...

ANTONIO. E. O.! Diablo! Esas son las iniciales de mi hombre... Enrique Olmedo!

MIGUEL. Es verdad!

ANTONIO. (Qué significa?)

MIGUEL. Veamos... (Estoy ciego de cólera) «Señora, si es cierto que el amor todo lo vence, me prometo oir muy pronto de sus lábios la palabra que debe poner fin á mis tormentos.» Ah! Se promete... Miserable! (Estrujando la carta.)

ANTONIO. Vamos, vamos, tranquilízate. Con una estocada se sale del paso.

MIGUEL. Por qué diablo se habrá ido á fijar ese hombre en mi mujer, pudiendo dirigirse á otra cualquiera?... A la tuya, por ejemplo...

ANTONIO. Muchas gracias.

MIGUEL. Como todos creíamos..... Entonces su galanteria para Consuelo era estudiada, y sólo por disimular su verdadera inclinacion.

ANTONIO. Sin duda. (Ahora comprendo)... Pero tú no dudaras de Luisa...

MIGUEL. Ni un instante. Oh! Ya se vé!...

Como él es militar y sabrá manejar el sable, por lo ménos, y yo no conozco más armas que la pluma y la lengua, ha creido que podria burlarse impunemente de mí... Mas no, yo le aseguro...

ANTONIO. Vamos, hombre, ten calma. Si tu esposa te vé de esa manera...

MIGUEL. Qué importa?

ANTONIO. Cómo! En su estado?...

MIGUEL. Ah! sí, tienes razon. (Calmándose.) Es preciso, sin embargo, que yo tenga con ella una entrevista. Antes de castigar á ese insolente, necesito saber... Pero no temas, yo haré por dominarme... Me reiré.

ESCENA VI.

Dichos y CONSUELO.

CONSUELO. (Entrando por el foro.) Buenas tardes.

ANTONIO. Ah! Tú aquí?...

CONSUELO. Habia prometido á Luisa venir por ella para ir á paseo.

ANTONIO. Pues hija, segun parece, se halla un poco indispuesta.

CONSUELO. En ese caso ..

MIGUEL. No es nada... ahora saldrá. Mas

ruego á Vd. que me dispense... Me está esperando un cliente... (Bajo á Antonio.) Finge que te marchas y vé á buscarme al despacho (Vase Miguel por la izquierda.)

ESCENA VII.

ANTONIO y CONSUELO.

ANTONIO. (Acercándose á su esposa con aire misterioso y en voz baja.) En esta casa vá á pasar algo terrible!

CONSUELO. Dios mio! Y por qué?

ANTONIO. Por una carta...

CONSUELO. (Con espanto,) (Oh! Ya lo sabe!)

ANTONIO. Una carta de Olmedo...

CONSUELO. Pero tú...

ANTONIO. Dirigida á Luisa.

CONSUELO. Cómo! A ella?

ANTONIO. Justamente.

CONSUELO. Y Miguel ha podido sospechar?..

ANTONIO. Acaso opine, como yo, que no se escribe sin estar autorizado... Pero esto no es del caso. Nosotros debemos hacer algo para impedir que haya un disgusto... Conque así, preven á Luisa en cuanto salga... (Se dirije á la puerta.) ¡Ah! (Vuelve.)

CONSUELO. Qué?

ANTONIO. Dame un abrazo. (Se abrazan.) (Y yo que creia!...) (Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

CONSUELO, en seguida LUISA, y despues JUANA.

CONSUELO. Buen susto me he llevado! Mas, ¿cómo hacer ahora?... ¡Ah! (Viendo á Luisa que entra por la derecha.) No sabes lo que ocurre?

LUISA. No. Qué es ello?

CONSUELO. Que la carta de Olmedo, que sin duda dejé caer aquí sin advertirlo, la ha encontrado tu esposo, la ha leido, y se figura que es tuya...

LUISA. La ha leido? Oh placer! Cuánto me alegro!...

CONSUELO. Qué escucho!

LUISA. Así no podrá ménos de pedirme una explicacion... promoverá una escena de riñas y lamentos... y quién sabe...? Tal vez consiga yo, martirizándole un poco..

CONSUELO. Pero, chica...

JUANA. (Entrando por la izquierda.) El señor desea saber si está Vd. sola.

CONSUELO. ¡Oh! Yo no te abandono.

LUISA. Al contrario; vas á hacerme el fa-

vor de marcharte... (A Juana.) Dí que sí. (Vase Juana.)

CONSUELO. Quieres, pues, que te deje?

LUISA. Sí, necesito estar sola.

CONSUELO. El caso es que si él te apura mucho, acabarás por confesarle la verdad, y entonces...

LUISA. No; pierde cuidado. (Vase Consuelo por el foro.)

ESCENA IX.

LUISA y luego MIGUEL.

LUISA. Me guardaré muy bien de disipar su error. (Se sienta en una butaca.) ¡Ah! señor mio, Vd. sabe hacer llorar á los demás... Pues bien, yo no tengo su elocuencia, pero soy mujer. Ahora veremos... (Aparece Miguel en la puerta de la izquierda con aire grave, pero al ver á Luisa disimula y se acerca á ella sonriendo.)

MIGUEL. Y bien, señora doña Luisa, cómo se encuentra Vd?

LUISA. Ah! Cualquiera pensaria que le interesa á Vd. mucho mi salud.

MIGUEL. Y á quién mejor que á un marido?...

LUISA. Bah! no siempre es nuestro marido el que más nos quiere.

MIGUEL. No! Pues quién?

LUISA. Otro cualquiera.

MIGUEL. Otro, eh?

LUISA. Sí, señor...

MIGUEL. Bien; no te alteres, que no hay causa para ello.

LUISA. Como te has puesto hecho un toro al oir mi contestacion...

MIGUEL. Yo, hecho un!... (Dominándose.) No; nada de eso. Precisamente tengo hoy tan buen humor... Estoy tan contento!...

LUISA. Ya lo veo.

MIGUEL. Además, vengo á hablarte de una cosa muy divertida...

LUISA. Sí? Pues empieza...

MIGUEL. La casualidad ha hecho que lea, sin querer, la carta que te ha escrito Enrique Olmedo...

LUISA. Ah! Y qué?..

MIGUEL. No te alarmes... Yo no le doy importancia, ni trato de... en fin, cuando me rio!...

LUISA. (Vamos; este hombre tiene sangre de horchata!)

MIGUEL. Pero, dime... Por lo visto, te hacia el amor.

LUISA. No lo habias notado?

MIGUEL. No; lo confieso. Es verdad que para esto los maridos somos todos miopes. Y es cierto que te ama?

LUISA. Me gusta la pregunta! No has leido su billete?

MIGUEL. Te diré... Como no soy de esos ridículos maridos que de todo, hasta de su sombra, tienen celos...

LUISA. Porque quieren á sus mujeres. Y si no, ahí tienes á Antonio...

MIGUEL. Justo; y mira lo que de él dice Consuelo... Pero, vamos á ver. Es la primera vez que te ha escrito?

LUISA. Para qué quiere Vd. saberlo? No me creo obligada á contestar.

MIGUEL. Ah! No te crees obligada... (Conteniéndose á duras penas.)

LUISA. No.

MIGUEL. Bien, mujer, no te incomodes. Ya vés qué tranquilo estoy yo... Te preguntaba... sólo por curiosidad; pero una vez que no quieres responderme, no lo hagas. Además, bien mirado, qué importa que ese jóven te escriba, si tú no le amas?

LUISA. Y si le amase?

MIGUEL. Si le..... Vamos, Luisa, hazme el

favor de no alterarte. No parece sino que conspiras contra tu salud. Si le amases... Qué diablo! Ya veriamos... Iria yo á verle, y le haria... observar, con razones de peso, lo indigno que es de un hombre de honor querer turbar la paz de un matrimonio tan feliz como el nuestro... Pero en fin, yo sé bien á qué atenerme... Ahora recuerdo que tengo una cita con mi procurador, y voy á ella. Hasta luego, querida. Pronto vuelvo. (Vase por la izquierda.)

ESCENA X

LUISA y luego JUANA.

LUISA. (Levantándose indignada.) Esto ya es demasiado... Ni una queja, ni una lágrima!... Oh! no me ama. (Hace sonar un timbre y aparece Juana.) Qué hora es?

JUANA. Las tres y media.

LUISA. Pues dispon enseguida todo lo necesario para un viaje. (Pasea con marcada agitacion.)

JUANA. Cómo! Se marcha Vd. de Madrid?

LUISA. Hoy mismo.

JUANA. Con el señor?

LUISA. No, sola... Mas qué aguardas? Date

prisa, que quiero aprovechar el tren exprés...

JUANA. Bien está. (Váse por la derecha.)

LUISA. Ah! Qué dirá mamá cuando lo sepa!...

ESCENA XI

LUISA, CONSUELO y luego JUANA.

CONSUELO. Ya estoy aquí otra vez.

LUISA. Me alegro.

CONSUELO. No he hecho mas que bajar á la tienda de enfrente á ver si habian llegado unos cortes de vestido que encargué... Ya verás qué bonitos. Solamente con ese objeto he mandado que los traigan aquí.

LUISA. Para ocuparme de vestidos estoy yo.

CONSUELO. Y bien, qué ha pasado? Habeis hecho las paces?

LUISA. Para eso, era antes necesario haber reñido... y ya sabes el refran: *cuando uno no quiere...*

CONSUELO. Ese uno habrás sido tú.

LUISA. No, él. Querrás creer que ni siquiera me ha amenazado... con suicidarse? Oh! tiene una calma incomprensible.

CONSUELO. No habrás tenido entonces pre-

cision de decirle que la carta era mia?

LUISA. Para qué? Hubiera sido una lástima!

CONSUELO. Es verdad. Gracias, querida. Pero á dónde ha ido ahora?... Porque le he visto salir y meterse precipitadamente en un coche...

LUISA. A casa de su procurador, hija mia.

CONSUELO. A encomendarle la demanda de divorcio?

LUISA. Quia! Ni aun eso es capaz de hacer. Eso, al ménos, probaria que me amaba.

JUANA. (Entrando por la derecha.) Quiere usted que ponga alguna ropa de verano?

LUISA. Sí; de verano, y de otoño, y de todas las estaciones.

JUANA. Está bien. (Váse.)

CONSUELO. Qué escucho! Vas á hacer algun viaje? A dónde vas?

LUISA. A Vitoria.

CONSUELO. Con tu familia?

LUISA. Sí. Acaso puedo seguir viviendo con Miguel?

CONSUELO. Bah! No seas niña. Tu marido es bueno, y...

LUISA. Bueno, él! Un hombre que por nada se altera ni se irrita.,. Ah! Consuelo, si algun dia tienes una hija, no consientas

jamás en que se case con un abogado... Cásala con un hombre que tenga corazon, con un militar.

CONSUELO. Pues mira, que... Convengo en que Miguel es quizá demasiado... pacífico. Pero, ay! el no serlo tiene tambien sus inconvenientes. Si supieras qué miedo he pasado en presencia de Antonio, hasta saber que te achacaba el billete!...

LUISA. Sólo por eso?

CONSUELO. Todavía estoy temblando.

LUISA. Y sin embargo, te quejas!

CONSUELO. Claro está.

LUISA. Y si, sabiendo que era tuyo, le dijeras que amabas á Olmedo?

CONSUELO. Jesús! Me mataria!

LUISA. Te mataría? Oh! Tú eres feliz.

CONSUELO. Pues qué, si tú hicieras á Miguel tal confesion?...

LUISA. Se la he hecho.

CONSUELO. Dios mio! Te has atrevido?...

LUISA. Y todo lo que he alcanzado con ella es que se interese más por mi salud! Ya ves... No ha hecho otra cosa que decirme: «Tranquilízate, no te alarmes, no te agites»... En vez de estrangularme como Otello á Desdémona.

JUANA. (Entrando de nuevo.) Señora...

LUISA. Qué?...

JUANA. Se lleva Vd. á Medoro?

LUISA. Sí, sí... Animalito! Qué culpa tiene él?...

JUANA. Está muy bien. (Váse.)

CONSUELO. Pero, mujer, serás capaz?... No; yo no quiero ser cómplice de semejante locura. Hablaré á tu marido, le diré la verdad...

LUISA. Te lo prohibo.

CONSUELO. Y por qué? Despues de todo, yo nada tengo de qué acusarme.

JUANA. (Con unas cajas en la mano.) Esto acaban de traer para Vd. (Dirigiéndose á Consuelo, y dejándolas sobre el velador.)

CONSUELO. Ah! Mis vestidos... Mira Luisa...

JUANA. Se lleva Vd. tambien á la cotorra?

LUISA. No; á esa no. Mi esposo la detesta... Se la dejaremos.

JUANA. Bien está. (Váse.)

CONSUELO. (Abriendo las cajas.) Mira, mira... Mas, qué es esto? (Sacando de una de ellas un papel doblado.)

LUISA. La cuenta, sin duda.

CONSUELO. Si la tengo en el bolsillo!... Veamos. (Desdobla el papel.) Una carta... Dios

mio! Otra carta de Olmedo! ¡Oh! Pues esta... (Hace ademan de romperla.) Pero no, antes veré hasta dónde llega su descaro.

LUISA. (Mirando con recelo hácia la puerta.) Cuidado, que alguien viene... (Al ver aparecer á Miguel.) ¡Ah! no hay cuidado; es mi marido. (Coje ella la carta.)

ESCENA XII.

Dichas y MIGUEL.

MIGUEL. (Desde la puerta.) Si estorbo...

CONSUELO. No, Vd. no.

MIGUEL. (Eh?)

LUISA. Corta ha sido la entrevista con el procurador.

MIGUEL. Cierto; el negocio que he ido á confiarle se ha arreglado brevemente.

LUISA. Ya le ves qué sereno! (En voz baja á Consuelo.)

CONSUELO. (A Luisa en voz baja.) Lo que veo es que parece estar conmovido. (Alto.) Miguel...

MIGUEL. Señora?...

LUISA. (Qué irá á decirle?)

CONSUELO. Es de todo punto indispensable que Vd. sepa lo que ocurre...

MIGUEL. No creia ignorarlo.

CONSUELO. Sin embargo, á mí me toca advertir que Olmedo...

LUISA. (A Consuelo.) Calla. (A Miguel.) Que Olmedo me ha escrito otro billete.

MIGUEL. Otro? Imposible.

LUISA. Aquí le tienes... (Enseñándole la carta.)

MIGUEL. Sí, es verdad... la misma letra. . Amiga mia... (A Consuelo.) Ruego á usted que me permita hablar un momento á solas con mi esposa.

LUISA. (En voz baja á Consuelo.) Entra en mi gabinete que no estarás en él mucho tiempo.

CONSUELO. (En voz baja á Luisa.) Así lo espero, pues si tú no le desengañas, lo haré yo. (Váse por la derecha.)

ESCENA XIII.

LUISA y MIGUEL.

MIGUEL. Vamos á ver, querida Luisa; tratemos de hablar con gravedad, ó mejor dicho, tratemos de no dar á nuestra conversacion más gravedad de la que debe tener, que esta es sin duda la manera de mostrarse razonable.

LUISA. (Sentándose.) Oh! Vd. es el proto-tipo de la razon.

MIGUEL. Enrique Olmedo te ha escrito una carta, no es verdad?

LUISA. No.

MIGUEL. Como!...

LUISA. Han sido dos. El asunto ya es más grave.

MIGUEL. Y por qué? Si se tratara de un marido desconfiado y colérico, de un hombre celoso é iracundo, tal vez... Pero yo no soy ningun dragon.,.

LUISA. Es verdad! Ni siquiera un lancero.

MIGUEL. Soy simplemente un abogado...

LUISA. Que sólo arma pendencia con las leyes.

MIGUEL. No; que sólo se incomoda cuando hay razon bastante para ello. Y ese caso no ha llegado... Una mujer no es responsable jamás de las imprudencias ó necedades de que puede ser objeto, cuando ella no las provoca... Además, si esas cartas fueran para tí de algun valor, si realmente tuvieras algo de que acusarte, léjos de mostrarlas como pruebas de una falta, tendrias buen cuidado de guardarlas ó romperlas... A qué, pues, viene ese empeño decidido de hacerme creer que eres culpable, y de es-

citar mi indignacion? Qué te propones al jugar de ese modo con el fuego? Contesta, Luisa mia...

LUISA. Sólo una cosa tengo que contestar... (Levantándose.) y es que ya no te amo... Lo entiendes? Que no te amo ya.

MIGUEL. Diablo! La frase es algo dura, y en cualquiera otra ocasion la encontraria sin réplica. Pero hoy... mira tú lo que son las cosas.. Hoy, en el momento mismo en que tus labios afirman que has dejado de amarme, siento yo que te quiero mil veces más que antes... Y en vez de echarte en cara el pesar que has querido causarme, estoy dispuesto á darte gracias.

LUISA. A darme gracias!

MIGUEL. Oh! sí. Llámame loco, visionario, lo que quieras.!. Pero todo lo que hoy he visto en tí me hace sospechar...

LUISA. Qué?

MIGUEL. Que muy pronto quizá va á realizarse mi esperanza; que un nuevo y dulce lazo va á entrechar nuestras almas; que la dicha, en fin, está llamando á nuestra puerta.

LUISA. (Enternecida.) Miguel!

MIGUEL. Ah! Si no fuera por temor de aparecer ridículo, de buena gana dejaria correr el llanto que inunda mi corazon.
(Se deja caer en una silla sollozando.)

LUISA. Oh! no.. (Qué mal he hecho en dudar de su cariño!) Perdóname...

MIGUEL. De qué, si este es uno de los momentos más preciosos de mi vida.
(Se abrazan.)

ESCENA XIV

Dichos y CONSUELO.

CONSUELO. Y bien, Luisa, se lo has dicho ya todo?

LUISA. Ah! (A Miguel en voz baja.) Enjúgate esas lágrimas... (A Consuelo.) Aun no.

CONSUELO. Pues á qué aguardas?

MIGUEL. Qué es ello?

CONSUELO. Que debe Vd. reñirla severamente, porque es una niña consentida y caprichosa que se ha divertido en hacerle á Vd. rabiar.

MIGUEL. Cómo?

CONSUELO. Esas cartas de Olmedo no han sido dirigidas á ella, sino á mí.

MIGUEL. A usted?

CONSUELO. Sí, amigo mio... Mas por Dios

guarde Vd. el secreto. Si Antonio se enterase... Ya sabe Vd. cómo es él?

MIGUEL. Sí, ciertamente... Pero oh! fatalidad!...

CONSUELO. (Con inquietud.) Qué ocurre?

LUISA. (Con interés.) Habla...

MIGUEL. Que á estas horas es probable que lo sepa.

CONSUELO. Dios mio!

MIGUEL.. Si yo pudiera evitar... (Se dirige á la puerta del foro.) Ah! ya está aquí.

ESCENA XV

Dichos y ANTONIO.

MIGUEL. De dónde vienes?

ANTONIO. De arreglar el asunto con Olmedo.

CONSUELO. (A Luisa en voz baja.) Ay! Luisa, ya lo sabe.

ANTONIO. En este instante te acabas de batir.

MIGUEL. Yo?

LUISA. Él!

MIGUEL. Vamos, explícate.

ANTONIO. Apenas me vió entrar, sin darme tiempo á explicarle el objeto de mi visi-

ta, me dijo: «Caballero, ya sé á lo que viene Vd.; estoy á sus órdenes...» Yo, francamente, como le tengo cierta antipatía, no quise declarar que sólo iba como padrino tuyo, y diez minutos despues nos hallábamos los dos, cada cual con sus testigos, en el sitio designado, á donde fué bueno y sano y del que ha vuelto...

LUISA. Sin vida?

ANTONIO. No; con un brazo roto nada más.

LUISA. (A Consuelo en voz baja.) Nada sabe.

CONSUELO. (En voz baja á Luisa.) Mejor.

ANTONIO. Es poca cosa, pero en tres meses lo ménos no volverá á cojer la pluma. Qué opinas de la sustitucion?

MIGUEL. Amigo mio, la Providencia es justa... Mas, si ese jóven vuelve algun dia á las andadas, yo seré quien le castigue.

LUISA. Tú batirte! Te lo prohibo.

MIGUEL. Para demostrarte que tengo corazon...

LUISA. Ya me has dado una prueba.

MIGUEL. Bien, será la segunda.

LUISA. No, hijo mio... UNA Y NO MÁS.

FIN.

OBRAS DRAMÁTICAS
DEL MISMO AUTOR.

No por mucho madrugar...
El laurel de Virgilio.
Más vale un par por si acaso...
¡Lo que son los hombres!
El soplo del diablo.
¡Por una madre!
Uná y no más.